
ENCICLOPEDIA
7
URUGUAYA
El gaucho
Daniel Vidart

El gaucho

Daniel Vidart

Presentación del personaje

Pocos tipos antroposociales del Nuevo Mundo han acaparado la atención de propios y extraños como el gaucho. Se han escrito miles de páginas sobre su ser y su quehacer, su origen y su influencia, su cultura material y su cultura espiritual, sus variedades folklóricas y sus vinculaciones con el escenario natural y la ganadería cimarrona. La mayoría de los escritores tradicionalistas de estas latitudes lo ponderan hasta el ditirambo; las autoridades coloniales lo presentaron como un bandolero al margen de la Ley y el Rey; los historiadores rioplatenses, salvo muy contadas excepciones, no han sabido captar sus raíces sociológicas, sus determinantes económicas y el verdadero sentido de la subcultura que dinamizó su existencia individual y colectiva. Finalmente, son raros los estudios objetivos, científicos, que pregunten sin amor y sin odio y que contesten sin nostalgia y sin vergüenza acerca de la vida y destino de un hijo libre e infortunado, autárquico y desposeído, ignorante y soberbio, del área rural rioplatense.

La brevedad de este trabajo, motivada por el estilo sintético de la colección, impone un viaje a las fuentes documentales. Pero dicho viaje no ha de ser desprevenido; es necesario denunciar desde ya la ideología de algunos de los testigos, comprometidos con el aparato imperial europeo, y tener en cuenta la óptica distorsionante del etnocentrismo para que al cabo, entre mucha paja, resplandezcan unos pocos granos de verdad histórica.





El gaucho pertenece por igual a las zonas ganaderas de la Argentina, Brasil meridional y Uruguay. Puede afirmarse con seguridad que su tipo primigenio nació en la Banda Oriental, a lo largo del siglo XVIII, pero no es un exclusivo personaje de nuestro repertorio humano.

Se ha otorgado diversos alcances al término gaucho y su emparejamiento acarrea peligrosas confusiones. En sentido original y restringido la voz denominó exclusivamente a los hombres de a caballo, marginalizados económica y socialmente de la comunidad laboral de la estancia y por ello compelidos a costumbres nomádicas, que recorrían libremente la campaña. Un integrante de la expedición de Malaspina describe así a los *gauderios,* los inmediatos antecesores del gaucho: "Un caballo, un lazo, unas bolas, una carona, un lomillo, un pellón hecho de un pellejo de carnero, es todo su ajuar de campo. Una bota de medio pie, unas espuelas de latón, del peso de dos o tres libras que llaman nazarenas, un calzoncillo con flecos sueltos, un calzón de tripe azul o colorado, abierto hasta más arriba de medio muslo, que deja lucir el calzoncillo, de cuyo cinto está preso el cuchillo flamenco; un armador, una chaqueta, un sombrero redondo, de ala muy corta con su barbiquejo, un pañuelo de seda de color y un poncho ordinario, es la gala del más galán de los gauderios. Su vida, siempre monótona, se reduce a salir al campo, siempre a caballo, y correrla de rancho en rancho sin cuidar jamás de su manutención propia, seguro de encontrarla en la primera parte donde se apee, pues cualquiera recibe hospitalidad franca, sin el empeño de tener siquiera que agradecerla. [...]" Luego de comer el asado, "si es verano se van detrás del rancho, a la sombra y se tumban; si invierno, juegan o cantan unas raras seguidillas, desentonadas [...] acompañándolo con una desacordada guitarrilla. [...] El talento de cantor es uno de los más seguros para ser bien recibidos en cualquier parte y tener comida y hospedaje". Una vez que ha comido a gusto y descansado, antes de ponerse el sol se despide y se va "a la primera llanura, desensilla el caballo, lo monta en pelo y le da cinco o seis carreras, que esto llaman varearle [...] Si en aquellos días ha carneado algunas veces y ha gran-

jeado por peonaje o robo de cueros algunos reales, muda de estilo y rumbo, y se va a emplearlos en aguardiente en la más inmediata pulpería, donde no sale hasta haber acabado su caudal. Sus pasiones favoritas son el juego de cualquier especie que sea, carreras de caballos, corridas de patos, naipes, bochas y mujeres". *(Espinosa y Tello, 1885).*

El testimonio de Espinosa es del último decenio del siglo XVIII. Cuando el gauderio o el gaucho hacen alguna tarea ocasional —arrear o cuerear para contratistas— se convierten en changadores.

Otro informe de fines del siglo XVIII pinta así a los gauchos en sentido estricto: "[...] Libres pues e independientes de toda clase de potestad, acomodados a vivir sin casa ni arraigo, acostumbrados a mudar de albergue cada día, surtidos de unos caballos velocísimos, dueños de un terreno que hace horizonte, provistos de carne regalada, vestidos de lo necesario con estar desnudos, y sobre todo manejando a su discreción de un tesoro inagotable como es el de los cueros, fácil es conocer el contento que dará esta vida a los que la disfrutan sin temor de pena alguna". *(Brito Stífano, 1953).*

Una connotación posterior amplía el alcance del término. Hacia mediados del siglo XIX un viajero sueco, al referirse a un joven gaucho oriental, aclara en una llamada que "así se denomina en general a la gente del campo, sobre todo a la clase pobre" *(Skogman, 1942).*

Finalmente, a fines del siglo XIX el término alcanza una latitud inmensa: son denominados gauchos desde los jinetes miserables hasta los poderosos estancieros diestros en las faenas ecuestres de la economía pecuaria: "Gauchos es la denominación general con que se designa a la gente del campo... Desde el rico estanciero, dueño de infinidad de acres de tierra y de incontables cabezas de ganado, hasta el pobre esclavo obtenido por compra son llamados gauchos y se asemejan unos a otros en lo que respecta a vestimenta y costumbres [...] Los gauchos, tanto aquellos de clase baja como de condición más elevada, se cuentan, quizá, entre los seres más independientes del mundo". *(Beaumont, 1957).*

Esta amplísima designación ha obscurecido la primitiva semántica del término, con las consecuencias despistadoras que acarrea el entreverar las cartas del mazo clasista.



Raymond de Baradère, cónsul francés en el Uruguay, inserta en su Memoria estadística *de 1835 este "naïf" que hubiera deleitado al aduanero Rousseau.*

Tres imágenes generacionales del gaucho

Informe de un portugués de la época artiguista sobre el "verdadero" gaucho (1815)

"Ellos regularmente aman la libertad, y desean satisfacer sus pasiones (lo mismo sucede a todos los hombres) en cuyo estado, que no deja de ser un símil del de brutalidad, viven mucho más contentos que los racionales virtuosos, pues a éstos les aflije demasiado el remordimiento de sus conciencias, y a aquéllos no les atemoriza el terrible porvenir, en razón de las limitadas ideas que tienen de la Religión. [. . .] No tienen la más pequeña idea del universo; no conocen el fanatismo; todo lo que no sea su caballo y su moza les es indiferente; si concurren a las capillas donde se les instruye con la doctrina, más bien lo hacen por la curiosidad de ver los caballos y aperos de sus compañeros, por presenciar las carreras y apuestas, que suelen entablar, y en las que aventuran hasta la camisa, que por devoción. [. . .] Esto proviene de la corta civilización que tienen, de la instrucción que reciben de sus padres, y del abandono en que viven, especialmente los que distan de cuarenta a cien leguas de la población, pues en éstos es una gracia cuando al cumplir de diez a catorce años, solicitan a la madre, o hacen propagar la generación con sus hermanas. El lujo tiene poco ascendiente sobre ellos, pues visten de lienzo ordinario de algodón, y su vestuario más decente se compone de unos calzoncillos blancos, que le llegan a los tobillos, con un fleco de cuatro dedos, un chiripá o lienzo de colores liado a la cintura, calzón corto de pana, o tripe azul o encarnado y un poncho de colores [. . .]; en teniendo esto, y un sombrero de ala y copa chica, con un pañuelo para asegurarlo en la cabeza, ya no aspiran a mayores galas. [. . .] La pasión dominante que ellos tienen es por un buen caballo, con su apero correspondiente, buen freno y espuelas de plata, botas de piel de gato. [esto es un lujo, pues lo común eran las botas de potro] una baraja, algunos reales para jugar y un frasco de aguardiente son todas las delicias que desean durante su vida de hombres. Son muy fuertes en los trabajos del campo y resisten la intemperie como no hay ejemplar, suelen pasar las veinticuatro, y cuarenta y ocho horas, sin más alimento que el mate, y su comida general es un pedazo de carne asada, sin sal, sin pan ni condimento alguno, y para esto suelen degollar una res desperdiciando el resto. Son muy lascivos, celosos y vengativos; no pierden ocasión de tomar satisfacción de los agravios, unas veces cara a cara y las más a traición. Roban las solteras, y aún las casadas, y las transportan a largas distancias cuando se prendan de ellas; gustan de cantar, tocar la guitarra. [. . .] Nada de Europa, ni del resto del mundo, por halagüeño que sea, lisonjea la pasión de ellos ni tiene relación con sus deseos; al contrario, los irrita, y no gustan de otra conversación más que de sus chinas, caballos y carreras. Acostumbrados a matar millares de vacas y toros furiosos no tienen temor de ensangrentar sus puñales en cualquier hombre por robarle un par de espuelas, o por una pequeña indisposición, bien que no pocas veces hayan perdonado la vida a un español de quien recibió algún beneficio; para cuyo acto prueban que no son insensibles a los impulsos de gratitud y compasión. Para la guerra que siguen tienen calidades capaces de hacerla interminable, pues no faltándoles el caballo, y la carne, y sus horas de juego y mujeres, por nada se apuran para pagas ni vestuarios, y con la mayor facilidad hacen sus marchas y mudan de campamento, sin que les cause incomodo la intemperie del invierno, ni los calores del verano, pues en todas las estaciones usan una misma ropa y se mantienen sanos y robustos; no reclaman cuarteles ni piden otras comodidades que una fogata de invierno, donde se reúnen formando ruedas, sentados en cuclillas y cruzados, los más de ellos, los pies como las mujeres, y cuando más una cabeza de animal, de los muchos que matan, que es su mejor taburete, donde se pasan las noches en el fuego, guitarra, y el traguito de aguardiente con mate, más contentos que nuestros generales en el mayor banquete, y cuando en sus cantos sale alguno con la yegua gateada, mala cara, y otros dichos iguales, hay grandes gritos, celebrando la agudeza de sus semejantes". *(Caillet Bois, 1926-27).*

Los gauderios y los gauchos propiamente dichos a fines del siglo XVIII (1793)

"Además de los dichos [los campestres] hay por aquellos campos principalmente por los de Montevideo y Maldonado, otra casta de gente, llamados más propiamente *gauchos* o *gauderios.* Todos son, por lo común, escapados de las cárceles de España y del Brasil o de los que por sus atrocidades huyen a los desiertos. Su desnudez, su barba larga, su cabello nunca peinado y la oscuridad y porquería de su semblante les hacen espantosos a la vista. Por ningún motivo ni interés quieren servir a nadie y, sobre ser ladrones, también roban mujeres. Las llevan a los bosques y viven con ellas en una choza, alimentándose con vacas silvestres. Cuando tiene alguna necesidad o capricho el gaucho roba algunos caballos o vacas, los lleva y vende en el Brasil, de donde trae lo que le hace falta". *(Azara, 1847).*



El gaucho visto por un inglés (1832)

"Pasamos la noche en una pulpería o tienda de bebidas. Un gran número de gauchos acude allí por la noche a beber licores espiritosos y a fumar. Su apariencia es chocante; son por lo regular altos y guapos, pero tienen impresos en su rostro todos los signos de la altivez y el desenfreno; usan a menudo el bigote y el pelo muy largos y éste formando bucles sobre la espalda. Sus trajes de brillantes colores, sus formidables espuelas sonando en sus talones, sus facones colocados en la faja a guisa de dagas, facones de los que hacen uso con gran frecuencia, les dan un aspecto por completo diferentes del que podría hacer suponer su nombre de gauchos o simples campesinos. Son en extremo corteses; nunca beben una copa sin invitaros a que los acompañéis; pero tanto que os hacen un gracioso saludo, puede decirse que se hallan dispuestos a acuchillaros si se presenta la ocasión. [. . .] Los gauchos, o campesinos, son muy superiores a los habitantes de las ciudades. Invariablemente el gaucho es muy obsequioso, muy cortés, muy hospitalario. Lleno de modestia cuando habla de él o de su país, es al mismo tiempo atrevido y bravo. Por otra parte, se oye hablar constantemente de robos y homicidios que son debidos a insignificantes querellas. [. . .] Los delitos provienen naturalmente de las arraigadas costumbres de los gauchos por el juego y la bebida y su incultura. Una vez, en Mercedes, pregunté a dos hombres que encontré por qué no trabajaban. «Los días son muy largos», me respondió uno; y el otro contestó: «Soy demasiado pobre». Hay un número tan grande de caballos y tal profusión de alimentos que no se experimenta la necesidad de la industria". *(Darwin, 1951).*



A la caída de la tarde: el rancho, el gaucho, la guitarra, la endecha melancólica (Litografía de José Aguyazi, 1880).

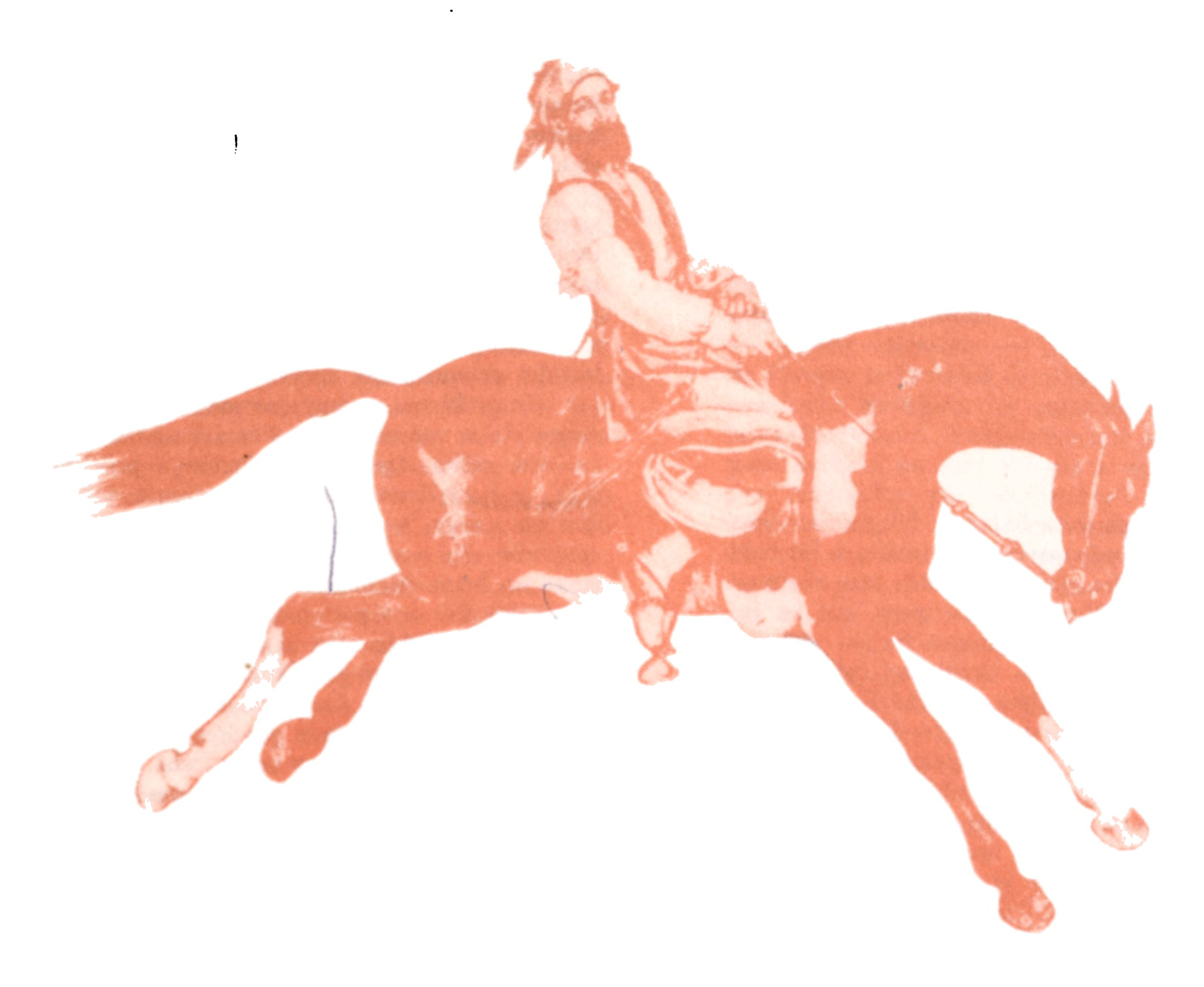
El escenario geográfico

Se ha querido explicar al gaucho por la geografía. Las inmensas llanuras y penillanuras empastadas, un clima relativamente benigno, la facilidad para trasladarse de un lado a otro por la ruta indiferenciada del campo sin barreras, el aislamiento de las comunidades en medio de un océano de hierbas, aislamiento no del todo mitigado por la presencia del caballo, han sido, para muchos, los condicionantes naturales de aquel singular tipo humano. Quienes así razonan olvidan considerar las raíces económicas de la estratificación clasista colonial y por motivos tradicionales —ideológicos en suma— prefieren atenerse a la explicación romántica y unilateral del determinismo geográfico.

Descendiente de desertores, de *mozos desgaritados* de los núcleos urbanos, de *pasianderos y vagamundos* desclasados, el gaucho refugia en la naturaleza su desamparo sociocultural. Los campos orientales les ofrecen a los hombres desgajados de la pirámide clasista colonial la abundancia cimarrona de los ganados, el amancebamiento con las indias, los oportunidades de una riesgosa y combatiente independencia en medio de un escenario geográfico y antropológico que rebarbariza irremisiblemente a los que en él actúan. Una vez arrojados por motivaciones y determinantes socioeconómicas al abierto solar de las cuchillas, entonces sí comienza el influjo de la naturaleza sobre los hombres de a caballo.

El área geográfica del gaucho coincide con una región natural. Esta vasta zona abarca la Mesopotamia argentina, la Pampa —cuyos caracteres geológicos, edáficos y orográficos difieren bastante con los de la penillanura uruguayo-brasileña, si bien la vegetación pratense es semejante—, las cuchillas orientales y los ondulados campos de las *coxilhas* riograndenses.

El gaucho encuadrado en este marco biofísico, encontrará en él los elementos necesarios para subsistir. Pero la suya no es una existencia paradisíaca. Las noches invernales son heladas, como a cada paso lo registra Larrañaga en su viaje a Paysandú; los días de verano, en la hora de la siesta, queman con las amarillas bocanadas que vienen de los potreros yermos. El sol, "poncho de los pobres" en julio, es plomo derretido en enero. En los ranchos destartalados la gurisada padece el tormento de las largas noches invernales, con los pies amoratados, los labios lívidos, las



Otto Grashof: Gaucho (litografía, 1851).

orejas arrepolladas por los sabañones. Sólo el fuego, como en la horda paleolítica, es el amparo de los menesterosos del campo oriental: "La casa se reducía a [illegible] rancho de una sola pieza que servía de cocina y de todo, con una gran hoguera en el medio a la que rodeamos inmediatamente porque la noche estaba muy fría. A más de ser chica la casa [una posta] estaba ya ocupada en parte por una familia que había venido a guarecerse en ella por esta noche. En fin, yo me acomodé sobre una pila de cueros al pie de la hoguera, porque creía de este modo tener menos humo y más abrigo. Mis compañeros durmieron en alto y hacia donde iba el humo, y pasaron una noche incómoda. Este humo es sumamente pegajoso, pues se tiene la costumbre de ir atizando el fuego arrojando en él una o dos libras de sebo, casi de cuarto en cuarto de hora, escusándose de este modo de candil". *(Larrañaga, 1968).*

Bien que mal el gaucho se había adaptado a la intemperie: de tanto dormir bajo los rocíos o las heladas, cubierto apenas por un viejo poncho cribado por el uso, su cuerpo tenía una piel paquidérmica y un aguante a toda prueba. Pero el reuma entraba igual por la ancha puerta de agosto, y atanaceaba la tos en los montes húmedos, y los mocos salpicaban barbas y bigotes en las galopadas de los amaneceres. El gaucho, aporreado por una madrastra cruel, soportó encogido como un bicho de monte las lloviznas mordientes de la mala estación, sudó la gota en los mediodías reverberantes, padeció enfermedades crueles, pagó, en definitiva, tributo a su vida errante, a su dieta carnívora y monótona, a su ignorancia de la higiene, a las espinas del tala, a las picaduras de la crucera, al quiste hidático, al carbunclo, a la rabia de las perradas cimarronas —después de las invasiones inglesas—, a las parasitosis intestinales, a las avitaminosis del hambre oculta, a los piojos y pulgas, vinchucas y chinches, bichos colorados y alacranes de la tan ponderada madre Naturaleza. Fue una víctima de su desamparo físico, de su orfandad tecnológica, de su vulnerabilidad orgánica.

Así lo comprendió muy perspicazmente un viajero que nos visitó entre los decenios tercero y cuarto del siglo XIX: "[El gaucho] es pequeño [. . .] delgado, flaco, anguloso; parece un hombre incompleto, pero sin embargo es el más completo de los hombres [. . .] Si lo estudiáis no tardaréis en notar que en él todo es vigor, resolución, intrepidez e inteligencia". Al contemplarlo fuera de su lucha contra el indio, el ganado o los jaguares "cualquiera se dice: he aquí una constitución que se hunde y que se va a caer. Anda el gaucho y encontráis la fuerza y la vida donde sólo habíais percibido la debilidad y la muerte". La seguridad y resolución del gaucho están apoyadas en "dos amigos formidables con quienes no teme a ningún poder en el mundo [. . .]: estos amigos son su caballo y su lazo. Pequeño y delgado es también el caballo del gaucho; pero lo mismo que su dueño todo en él es nervios y vigor. . ." *(Arago, 1874).*

Los ganados cimarrones

El gaucho fue el parásito humano del ganado cimarrón que ofreció una monótona dieta carnívora a los habitantes de la campaña y les abrió el camino para el tumultuoso negocio del cuero. No se crea, empero, que las primeras haciendas de ganado rioplatense fueron chúcaras. Los establecimientos de la Banda Occidental del Uruguay, desde los alrededores de Asunción a los de Buenos Aires, criaban vacas mansas, aquerenciadas, defendidas por cercados. Tras los corrales de palo a pique se ordeñaba, se charqueaba y se hacía cecina, ya que faltaba mucho para que sonara la hora comercial del tasajo. La diferencia entre estas técnicas de conservación, de acuerdo a un viejo cronista, es la siguiente: "Se hace el charque cortando primero la carne en tiras del mayor ancho y más delgadas que se puede [. . .]. Se van poniendo [. . .] sobre un gran cuero tendido en el suelo hasta llenar todo su espacio y se echa sobre ellas por igual un polvo de sal. Se dispone así una segunda cama que lleva la misma porción de él, y se prosigue de este modo con otras, haciendo una pila de la altura que se quiere, y se cubre con otro cuero, poniéndole encima bastante peso. Se mantiene así algunas horas, hasta que toda la carne acaba de despedir la aguaza que va saliendo de su propio jugo y de la sal. Conseguido esto, se tienden luego esas tiras en cuerdas o palos a secar al sol, si no es fuerte y corre algún viento fresco [. . .]. Se continúa esta diligencia por algunos días, teniendo el cuidado de recogerla en las noches, para librarlas del sereno, como de preservarlas, en cuanto se puede, de la humedad [. . .]. Beneficiado de este modo el charque, se guarda haciéndose de él algunos rollos a modo de tercios, para llevarlos a cualquier parte con más comodidad. La cecina [. . .] sólo se diferencia de ésto en ser tiras angostas y no muy delgadas, y ponerse desde luego con un poco de sal que se les echa alrededor, a secar sin otra prevención. El tasajo se reduce a echar unos pedazos grandes de carne y gruesos en salmuera, en que se dejan por un mes o mucho más; se secan, y puestos a orear, se espera que se sequen bastante por afuera, y se ahuman después en chimenea u otros fuegos, con lo que quedan beneficiados como jamones. . ." *(Millau, 1947).*

El orden pacato, la frugalidad en materia de asados y la semi-estabulación de los ganados en la ribera derecha del Uruguay, donde la colonización tenía sus puntos de apoyo basados en una economía de la escasez, vuelan hechos pedazos en la anárquica Banda Oriental. La veloz multiplicación de los bovinos, que en un principio sólo concitaba el furor venatorio de los indios cazadores y los banquetes de pumas y jaguares, atrae un día la mirada de los hombres con el aliciente de una economía de la abundancia.

Interesa destacar especialmente la condición cimarrona de los animales, otrora domesticados, en la Banda Oriental. En las vastas soledades de las cuchillas las bestias regresan a su condición paleolítica, involucionan hacia la prehistoria. Y tras ellas y con ellas el hombre se rebarbariza, corta amarras con la civilización, se hunde en la niebla del primitivismo material y mental.

Un problema menor, reservado a los lingüistas, es el del origen de la voz cimarrón. Pérez Castellano, en sus *Observaciones sobre Agricultura,* escritas a principios del siglo XIX, la hace derivar de chivo emisario, cabrón, y expresa que en griego, a su juicio la lengua originaria, se decía *cymarrón.* Tal voz no existe en griego; consúltese al respecto un buen diccionario, el de Bailly por ejemplo, en su pág. 1150. Por otra parte en el Levítico, 16.22 de la versión griega de la Biblia que cita Pérez Castellano, al macho cabrío se le llama *tragos.* Joan Corominas, en su *Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana,* 1961, dice que este "americanismo", registrado por vez primera en 1535, equivale a alzado o montaraz y se aplicaba a "los indios, negros y animales huidos". Agrega luego que probablemente "deriva de cima, por los montes donde huían los cimarrones".

En la agreste Banda Oriental se acimarronaron los



vacunos, los equinos traídos por los faeneros —y no por Hernandarias, quien conocía la peligrosidad del indio ecuestre y por ello se abstuvo de enviar caballos—, los perros y los cerdos.

Veamos qué decían los cronistas y viajeros sobre los animales que retrogradaban al pasado de sus respectivas especies.

Caballada cimarrona. — "Ya en aquellos tiempos la apellidaban como hoy *alzada y cimarrona;* pero habiéndole impuesto los indios bárbaros Querandís, llamados ahora Pampas, el nombre de *bagualada,* lo han adoptado también estos Españoles. Igualmente hay baguales al Norte del Río de la Plata; pero no pasan de los pueblos más australes de nuestras misiones guaranís. [. . .] Los caballos cimarrones [. . .] incomodan y perjudican; porque sobre comer el pasto inútilmente, embisten al galope a las caballadas y yeguadas mansas siempre que las ven; y pasando junto entre ellas [. . .] las llaman y acarician con bajos relinchos de afecto, las alborotan, y ellas se incorporan sin dificultad, yéndose todas juntas para siempre. Así sucede a los viajeros, que les embisten los baguales, y los dejan sin poder continuar, llevándose los caballos mansos [. . .] de remuda, que siempre llevan sueltos por delante". *(Azara, 1802).*

Vacunos cimarrones. — "Todo ese ganado no ha servido, como algunos podrían imaginar para abastecer al presente a Maldonado y al Río Grande de las cantidades que necesitan de él para su consumo, por ser todo alzado o criado a su libertad y no sujetarse el de esa propiedad a ser llevado en tropas adonde se quiere, como no se consigue con el del rodeo acostumbrado a ser los más de los días recogido en corrales y dirigido continuamente de un lado para otro por la gente asalariada de las haciendas; y así sólo puede ser allí muerto en correrías, sirviendo únicamente sus carnes a los que pasan o se mantienen en sus inmediaciones". *(Millau, 1947).*

Perros cimarrones. — "Los perros han sido importados de Europa; la facilidad de alimentarse en pleno campo les han hecho abandonar los poblados, y se han multiplicado hasta lo infinito. Frecuentemente se reúnen en rebaños para atacar a un toro y hasta a un hombre a caballo, si son empujados por el hambre". *(Bougainville, 1771).* "Nuestro mayor cuidado en medio de tantas incomodidades era atar bien los cueros que servían de parapeto, ya no tanto para el frío cuanto por temor de los perros rabiosos de que, para nuestra desgracia, hay muchos en esta campaña". *(Larrañaga, 1968).*

Cerdos cimarrones. — "Me dijo el guía que los habitantes de esta choza no tienen animales pero viven de la carne de cerdos salvajes, a los que cazan enlazándolos. Estos animales son cerdos domésticos que se escapan al campo y se multiplican prodigiosamente. Tienen el mismo origen que los perros cimarrones y las yeguas chúcaras". *(Saint-Hilaire, 1887).*



Las estructuras económicas: señores y parias de la tierra

El tipo gaucho no se explica solamente por la presencia del ganado, por la abierta pista de los pastizales y por el complejo cultural del caballo. No es un producto de la geografía sino un detritus de la economía y la estratificación clasista coloniales; no es un señor sino un paria. Podrá tener el dominio de las distancias montado en sus veloces fletes; podrá, en algunos períodos de su breve y desamparada historia, carnear a destajo de las haciendas bagualas; podrá ostentar una anárquica libertad de movimientos y de acciones; pero no hay que perder de vista su relación con la tierra, de la cual jamás fue propietario, ni con la estancia, en la cual jamás trabajó permanentemente por no caber en su estrecho elenco laboral.

Para ubicar el gaucho en sus parámetros socioculturales vamos a reconstruir, previamente y a grandes rasgos, la historia económica del campo oriental.

Tras los ganados llegan los hombres. En 1680 los portugueses se establecen en Colonia del Sacramento, para afianzar el geoestratégico dominio del Plata. Pocos años después están cuereando, sebeando y haciendo cecina en

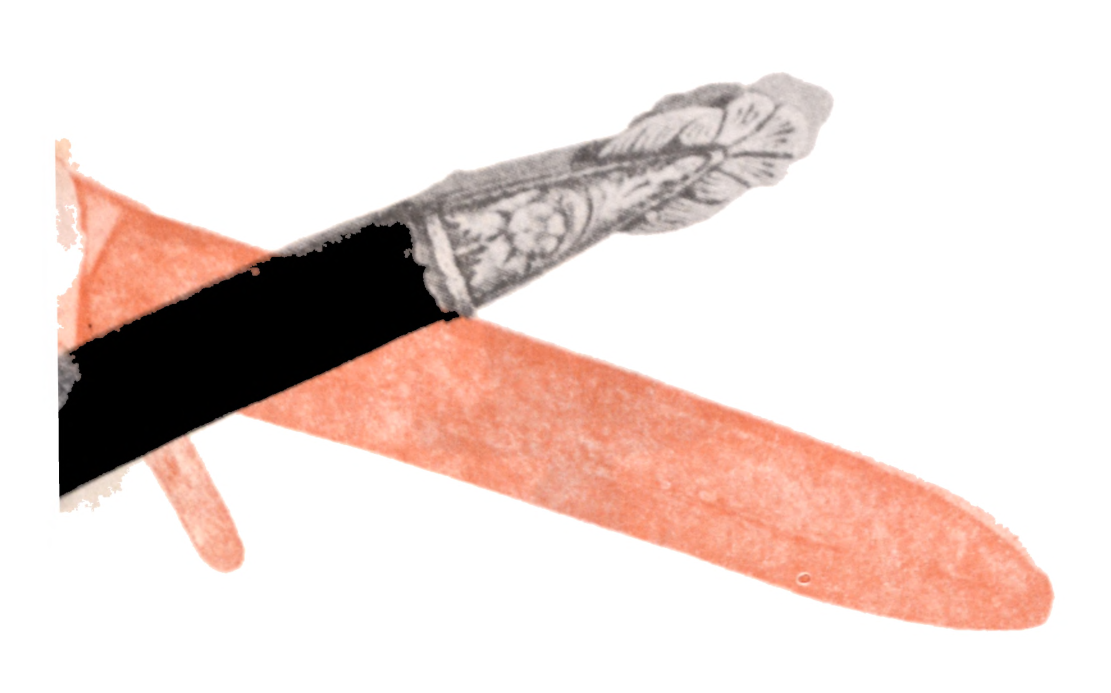


Como hecho de tierra, este es el *paria* cuya imagen recogen "Las razas humanas"...

tres establecimientos radicados en los arroyos Rosario y Tamanduá y en el Río Santa Lucía. Dichos establecimientos prefiguran, en cierta medida, las primeras estancias surgidas en nuestro territorio, si bien lo que entonces importaba eran los bienes semovientes y no las tierras. Fuera de estos esbozos de estancia a principios del siglo XVIII sólo existían, como células económicas estables, la Reducción de Santo Domingo Soriano en la desembocadura del Río Negro, el Asiento inglés del arroyo de las Vacas y la guardia española del arroyo San Juan, que vigilaba de cerca a los portugueses, a los indios bravos y a los ingleses del Asiento. Ya en la primera década del 1700 funcionaban trece estancias de españoles y criollos en los campos de Colonia. Cuatro de ellas pertenecen a los "obligados" de la otra Banda que se establecían aquí para cuerear, sebear y grasear en beneficio de Buenos Aires.

Finalmente, mientras se operaba el proceso fundacional de Montevideo que va de 1724 a 1726, se instalan las estancias de Burgues (el italiano Borghese) y Gronardo en los alrededores de la futura ciudad.

Los ganados, sin embargo, ya eran un activo objeto de preocupaciones comerciales. Como aquí no había minas de plata y oro los españoles y americanos se contentaron con el negocio del cuero. La carne, desde un principio, fue también un llamador alimenticio nada despreciable. Los jesuitas de las Misiones bajaban con sus indios hasta la Vaquería del Mar —la zona del sur del Río Negro— a efectuar grandes arreadas de ganado, para lo que contaban con la complicidad tarifada de los güenoas. Los paulistas bandeirantes penetraban por el noreste con idéntico propósito y para ello debían aliarse con los troperos tupíes de Brasil y con los caciques minuanes de la Banda Orien-





. . . y éste, cimbreante como un dandy, el *señor*, según lo vio y pintó elegantemente Adolfo D'Hastrel en 1840.

tal. Y finalmente estaban los accioneros argentinos que desde Santa Fe, Buenos Aires y Corrientes venían al mando de verdaderos ejércitos de peones de todo el Cono Sur para arrear el ganado en pie. Las tropas pasaban a la orilla occidental del Uruguay a nado entre las islas y a veces en jangadas. "Desgaritados" de las ciudades o desenganchados de los contingentes de arrieros "muchos peones vagabundos [. . .] viven a su antojo" —decía un documento bonaerense de 1721— al amparo de una alimentación carnívora abundante. Corrompidos por las dádivas del portugués, atraídos por las incitaciones sexuales de las tolderías de minuanes y güenoas, gozando de un salario inusitado para la época, como anota *Benvenuto, (1968),* estos "infinitos forasteros [. . .] sólo viven de disfrutar la campaña" y desparraman en el vientre de las indias las simientes que poco más tarde darán origen al gauderio y al gaucho.

El proceso de apropiación de la tierra sigue. Fundada Montevideo se entregan suertes de estancia a los colonos bonaerenses y canarios que rodean la futura ciudad con establecimientos ganaderos pequeños de media legua de frente y una y media de fondo. Esta modalidad, al perseverar, caracterizará el destino de los estancieros pobres afincados en su hacienda, luchando con los testaferros del abigeato para mantener los ganados dentro de los fundos. Pero casi paralelamente aparece el gran latifundista. Alzaibar, mediante maniobras políticas y prebendas económicas, logra obtener inmensas posesiones primero en la jurisdicción de Montevideo, si bien en sus límites, y luego se expande, como una mancha de aceite, hacia la Banda Oriental. Y tras Alzaibar vienen otros, vinculados o emparentados con él, que tienden hacia los cuatro puntos cardinales el dominio de lo que ya en su tiempo se llaman "los inconmensurables". Por su parte los Jesuitas no se duermen y logran, entre otros latifundios, la gran estancia de "Nuestra Señora de los Desamparados" en Florida y la de las Vacas en Colonia, donde perviven las ruinas de la capilla de la Calera de las Huérfanas.

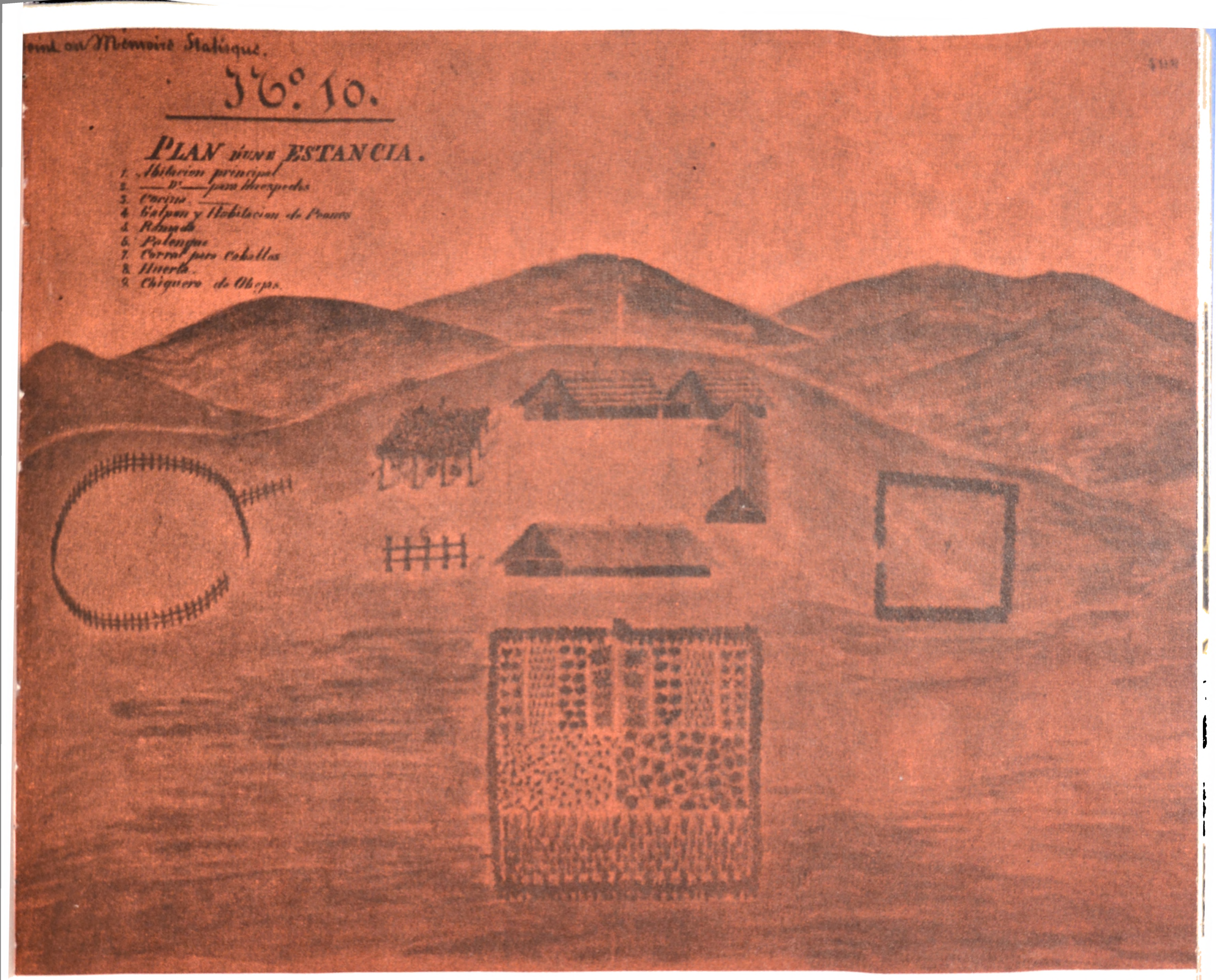
Los grandes propietarios reclamaban para sí todos los ganados cimarrones; sus *estancias-nasa,* tendidas a lo largo de las cuchillas, las rinconadas y los pasos, eran la trampa donde caían los ganados orejanos arreados por los changadores que saqueaban al pequeño estanciero.

Alzaibar era dueño de 430.000 cuadras cuadradas; García de Zúñiga llegó a detentar 500.000; otros señores de la tierra poseían extensiones casi semejantes. De este modo, los grandes y pequeños propietarios, los bienes jesuíticos y las posesiones del Rey se repartían toda la superficie aprovechable del país. A los desposeídos solo le quedaban los caballos para salvar el espacio neutro de las travesías, las vacas ajenas para carnear, la satelización social convertida en agresividad y coraje cotidianos, el amor con las indias complacientes y las blancas robadas, la changa ocasional como medio de lograr algunos reales y el clandestinaje perpetuo como sistema y concepción del mundo y de la vida.

Cuando Azara reparte en 1800 la estancia de Diego Arias para evitar que los poderosos se pongan "en posesión de las tierras arbitrariamente" y sin títulos de propiedad sacrificando así a "los pobres que quieren situarse en ellas", agrega a modo de reflexión: "Este ejemplar que yo acabo de hacer con él, debe servir de regla en todos los campos del Río de la Plata, porque gran parte de sus pobladores están en el caso de Arias, siendo cosa escandalosa y perjudicialísima al común del país y al Estado [. . .] De no poner este remedio —continúa el inspirador de Artigas— nunca habrá orden, ni florecerán estas provincias, ni se cortarán las atrocidades y latrocinios que se abrigan en tantos desiertos". *(Azara, 1943).*

Un viajero oriental confirma, en 1815, los males del latifundio: "Así que pasamos nos dijo Su Señoría D. Antolín Reina que ya estábamos en sus estados, y efectivamente cada estancia de estas tiene tantas tierras que muchas provincias y aún repúblicas de Europa no tienen tanta extensión. Era esta la primera vez que venía a su posesión y encontró sobre este majestuoso río varios colonos de que no tenía noticia: los hizo venir, y no les impuso otra pensión que, alimentándose como lo hacían de sus ganados, le conservasen los cueros y sebo y ayudar a las faenas de la estancia como son marcar, recoger o parar rodeo". Cruza luego por un paraje "donde los vecinos no tienen tierra" y no pueden mudarse a la costa del Río Uruguay por que "un individuo poderoso se ha apropiado de aquellas tierras y las tiene enteramente despobladas, no permitiendo ni que se construya un rancho en aquel puerto". En otro sitio se refugia en "un rancho miserable que amenazaba ruina" donde no había carne y merodeaban los tigres. Entonces deduce que "si las tierras estuviesen mejor repartidas no habría estos grandes desiertos en las inmediaciones de las fecundas riberas del gran Río de la Plata". *(Larrañaga, 1968).*





En 1835 el aviso económico podía haber dicho: "Véndese estancia: 1. Hab. principal; 2, Hab. huéspedes; 3, coc.; 4. galp. y hab. peones; 5. ram.; 6. palenq.; 7. corral cab.; 8, huerta; 9, chiq. ovejas".

Antropología y tipología de la humanidad gaucha

Los antepasados del gaucho y el gaucho de los primeros tiempos son productos del mestizaje. Los vientres indígenas —mujeres güenoas, minuanes, chanáes y charrúas— fecundados por los faeneros y mozos sueltos de la aurora del siglo XVIII alumbraron en las tolderías niños bronceados de ojos zarcos, de revueltos jopos color miel, de mentones voluntariosos y narices aquilinas. Cuando el reflujo de tapes misioneros y de refugiados guaicurúes invade el territorio sigue operándose el cruce racial entre indios y blancos. Luego se expande por el campo la tenue pero insistente oleada de los africanos y surgen entonces los productos triétnicos, el complicado mosaico de pardos y zambos, tercerones y cuarterones. El gaucho, empero, no es un tipo racial sino un producto económico-social. Habrá gauchos negros como el carbón, gauchos de piel olivácea, gauchos de pupilas celestes y pelambres de oro; los habrá altos y espigados, rechonchos y patituertos, pequeños y ágiles, musculosos y macizos. En las mayoría de los textos racistas escritos por los europeos se denigra a los mestizos. Sin embargo, un científico que los conoció de cerca por haber vivido largamente con ellos los juzgaba de distin-

ta manera: "Pero si las razas que uniese el hombre fuesen de las procedentes de enlace ilícito de dos especies originalmente diversas, el último resultado sería un mulato o mestizo mejor que ellas: pues parece que todo injerto de través produce mejoría, según creo verlo en los mestizos y españoles del Paraguay, a quienes encuentro más activos, de mejores proporciones, fuerza y estatura que a los demás españoles europeos y del Río de la Plata. Atribúyolo a que proceden en la mayor parte de injertos en otras naciones Indias y Africanas". *(Azara, 1802).*

No hay, por lo tanto, un prototipo físico del gaucho ni existe una antropología somática que lo defina y circunscriba.

Sociológicamente considerado el gaucho tiene antepasados y laderos. Los documentos coloniales hablan sucesivamente de *vagamundos, changadores, gauderios y gauchos.*

Hacia el 1721 un acuerdo del Cabildo de Buenos Aires dice que en la Banda Oriental "se albergan muchos peones vagamundos que viven a su antojo"; el Gobernador Andonaegui pide en 1747 al Cabildo de Montevideo que se deben "convocar los vecinos de esa ciudad para exterminar los Ladrones, Vagabundos y demás que insultan la campaña de esa Jurisdicción robando los Ganados de ella"; un año más tarde un cabildante montevideano, José Millán, conmina a los propietarios para que "ninguna persona consienta en sus estancias ni chacras a ningún vagabundo, ni persona Vagante a menos que esté conchabado, o conste que lo está", y pena "a los que los consintieren, además de ser reputados por capos de Vagabundos, de veinte pesos de multa aplicados en la forma dicha, y más de un mes de prisión..."

Luego aparece la voz changador. El changador está al servicio de los portugueses ("en la Colonia, donde es su sagrado y asilo" como se queja Alzaibar), o de los grandes estancieros que los lanzan contra la hacienda ajena, o de los pulperos que les compran el producto de sus cuereadas clandestinas. Manuel Cipriano de Melo rompe una lanza en favor de esta vilipendiada mano de obra, alternativamente utilizada o repudiada por los poderosos. Se trata de "gente pobre necesitada a hacer sin licencias lo que otros hacen con títulos". Son los carneadores y cuereadores que andan a campo traviesa, cuchillo en mano, cumpliendo duras jornadas para lograr unos cueros por los cuales "los ricos españoles y portugueses les dan una bagatela..." Desvirtuando la imagen estereotipada del forajido rural, de Melo expresa que los "changadores, los gauchos tan descantados [¿o descastados?]" son "unos pobres hombres a quienes la necesidad obliga a tomar lo que creen que no tiene dueño para utilidad de los que les pagan con mano bien miserable [...] un escaso jornal". Estos temidos "malevos" están "en la mayor miseria" y son explotados por "amos crueles". Como se comprueba, en aquel tiempo difícil para la causa justa del pueblo no faltaba algún esclarecido que calara hondo y tuviera puntería social, a contrapelo con sus contemporáneos de las clases altas.

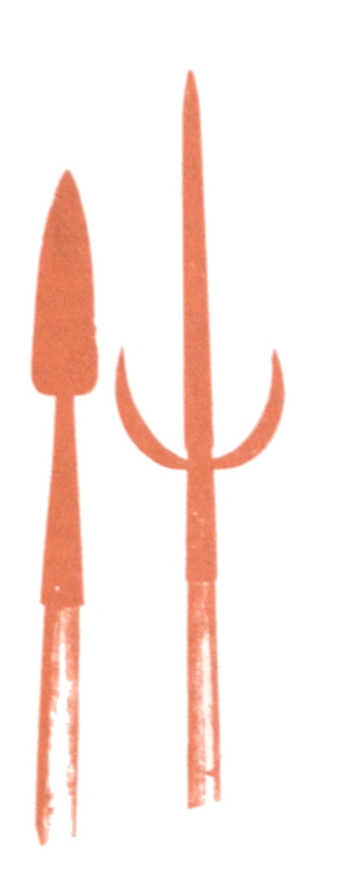
Antes que el término gaucho se abra paso definitivamente en la Banda Oriental se utiliza el vocablo gauderio, de claro origen portugués *(Assunçao, 1963).* Zabala ya había fichado a los gauderios en 1746 como "gente que vive como quiere sin saberse donde viven o de que se alimentan, pues no trabajan...".

La página clásica cerca de estos libres jinetes de las cuchillas se debe a un viajero cuya identidad se ha discutido pero cuya pintura de los tipos humanos de América a fines del siglo XVIII (1771) es convincente y atractiva. He aquí la famosa descripción, que conocía y utilizó Espinosa y Tello en la página anteriormente transcripta: "Estos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los veci-



nos pagos. Mala camisa y peor vestido, procuran encubrir con uno o dos ponchos, de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarrita, que aprenden a tocar muy mal y a cántar desentonadamente varias coplas, que estropean, y muchas que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su albedrío por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero, cantando y tocando. Si pierden el caballo o se lo roban, les dan otro o lo toman de la campaña enlazándolo [. . .] Muchas veces se juntan de éstos cuatro o cinco, y a veces más, con pretexto de ir al campo a divertirse, no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, las bolas y un cuchillo. Se convienen un día para comer la picana de una vaca o de un novillo: le enlazan, derriban y bien trincado de pies y manos le sacan, casi vivo, toda la rabadilla con su cuero, y haciéndole unas picaduras por el lado de la carne, la asan mal, y medio cruda se la comen, sin más aderezo que un poco de sal, si la llevan por contingencia. Otras veces matan solo una vaca o un novillo por comer el matambre [. . .] Otras veces matan solamente por comer una lengua, que asan en el rescoldo. Otras se les antojan caracuces, que son los huesos que tienen tuétano, que revuelven con un palito, y se alimentan de aquella admirable sustancia [. . .]". *(Concolorcorvo, 1773)*.

Existen algunas fechas relacionadas con las anteriores denominaciones. *Vagamundo* aparece por vez primera en los documentos hacia 1642; *changador* hacia 1734; *gauderio* en 1746; *gaucho* en 1771. El oficio que el Comandante de Maldonado fecha en 1771 comunica a la superioridad que "algunos *gahuchos* se habían dejado ver en la Sierra" y así con una grafía curiosa, surge la inicial versión escrita de esta voz, cuya etimología ha perturbado la paz de muchos intelectuales rioplatenses. El conjunto de las diversas fuentes idiomáticas propuestas puede consultarse en el documentado libro de *Assunçao (1963)*. Hay otras denominaciones que interesan. *Azara (1802)*, se refiere a los "jornaleros campestres, a quienes dan los nombres de Peones, Jinetes, Gauchos, Camiluchos y Gauderios", igualando a todos estos tipos con un denominador común. El *camilucho* es el bracero indígena de las Misiones Jesuíticas, cuyo nombre deriva de camilo, el acólito juvenil de los sacerdotes. Por extensión se denominó camilucho en la zona norte de la Banda Oriental al resero y peón campestres encargados de lidiar el ganado, ya arreándolo desde la Vaquería del Mar, ya efectuando rodeos en las estancias de Yapeyú y de los Pinares. Resta todavía la denominación *tupamaro*. Esta fue acuñada, por los españoles cuando se levantó el pueblo rural de América contra su dominio y deriva de un mártir indígena, el revolucionario Tupac-Amaru, asesinado en el tormento. *Tupamaro* es un término despectivo, pero luego de la gesta de la independencia se fue cargando de significados valiosos, como sucediera con la voz gaucho. El baño de sangre de las desparejas batallas libradas por los jinetes de América contra tropas bien armadas y disciplinadas limpió de sus antiguos significados a los epítetos infamantes. El gaucho y el *tupamaro* transitaron entonces del menosprecio a la gloria, del prontuario policial a la exaltación patriótica. No obstante, Artigas jamás se refirió a sus gauchos sino a sus paisanos. Pues paisano, desde el principio, nombró al elemento estable de las estancias, a la peonada sedentaria, ducha en las tareas pecuarias, tan hábil como el gaucho en el manejo del caballo y las armas, pero con un conchabo fijo, un hábito de trabajo continuo, un hogar estable, un pago enraizado en su orgullo y su cariño.









"Tuve en mi pago en un tiempo, hijos, hacienda y mujer": *la emotiva reunión familiar litografiada por Carlos Pellegrini (1841)*

La vida cotidiana

Ya a esta altura se tiene una clara noción de los niveles de vida cotidiana del gaucho. Hay abundancia de carne durante el siglo XVIII y los períodos de paz —muy pocos— del siglo XIX. Hay también abundancia de caballos, a los que el gaucho propiamente dicho de los orígenes maltrata y agobia a sotera, espuela y galopadas tremendas. Los ranchos son cubiles miserables con olor a humo, a carne podrida, a guascas sanguinolentas. Hierven las pulgas, abundan los piojos, pululan las temibles vinchucas amarillas. La ropa es escasa; el abrigo no alcanza para capear las madrugadas invernales, blanqueadas por la escarcha. No hay escuela, no hay asistencia médica, no hay casi iglesias y a las capillas privadas de las estancias solo asisten los latifundistas que tienen especial interés en salvar sus almas. Impera el más crudo y sumario de los primitivismos. No obstante, en los espíritus elementales de los hombres de a caballo, hechos al cuchillo y a la lucha contra la naturaleza física, biológica y humana, surge de tanto en tanto un resplandor de ternura o generosidad que los rescata y redime del nivel zoológico.

El mundo de los hombres y familias que viven al margen de la comunidad patriarcal de la estancia es un archipiélago humano desarraigado y por lo mismo agresivo, etnocéntrico, auto-complaciente con su ignorancia oscura —que la poesía de los payadores viste de claridades—, sumido en el peor de los subdesarrollos: el de la rebarbarización de la cultura y la involución de la sociedad. Esa gente es hospitalaria como los beduinos del desierto. Es también, como en todas partes, sensible a la amistad, al amor, a la alegría. Cree en el coraje por sobre todas las cosas, pero cuando falla el zarpazo de los leones recurre a las picardías de los zorros. Mata sin piedad y muere sin pedir misericordia. No tiene conciencia de su condición abyecta y desprecia el dinero, abomina del trabajo sistemático, dilapida en el juego sus pocos reales bien o mal habidos, utiliza una escala de valores basada en el honor y la destreza del hombre, cura sus pesares o mitiga sus fríos con el aguardiente, es desmesurada, colérica, insumisa, libertaria, enemiga de los patrones que obligan, amiga de los contraventores que se burlan del *godo* y del *portugo,* americana por instinto y rebelde por esencia.

El gaucho será la carne de cañón en las guerras civiles, como antes fuera el brazo armado de la independencia y antes aún la conflictiva irrupción del hombre blanco en las tolderías del indio. Vivió y murió luchando, sin saber a menudo los motivos por los cuales seguía a los caudillos grandes y menudos. Su mayor contento fue siempre el de la hora del asado y cuando las reses tuvieron dueño y marca engrosó los ejércitos de blancos o colorados al grito irredento de "aire libre y carne gorda". Pasó fugazmente por el escenario geográfico del Río de la Plata y no pudo madurar los frutos de una cultura rural funcionalizada e idónea. No fue el hijo consciente de sus obras sino la ceniza humana del latifundio, el chivo emisario del imperialismo lusohispano, el excedente del enjuto mercado laboral de las urbes y de la economía depredatoria de los campos. Y su redención de tanta miseria la logró a golpes de sangre, de coraje, al precio mismo de la vida: entró en la luz de la Historia cuando dejó de ser el protagonista de la misma.

El mundo del gaucho visto por sus contemporáneos

Un común denominador: el cuero

"El principal renglón de que sacan dinero los hacendados es el de los cueros de toros, novillos y vacas, que regularmente se venden allí de seis a nueve reales. (...) Todas las chozas se techan y guarecen de cueros, y lo mismo los grandes corrales para encerrar el ganado. La porción de petacas en que se extraen las mercaderías y se conducen los equipajes son de cuero labrado y bruto". (Concolorcorvo, 1773).

"Hacen del cuero crudo de vaca cuantos utensilios y muebles necesita la vida humana. Como el cuero humedecido es una lámina flexible que recibe cualquier forma, y éste la retiene cuando se seca, le aprovechan maravillosamente. Hacen cofres, petacas que se conocen bien en España, jaulas para cotorras, botas, cuerdas de toda especie; y sobre todo graneros en que guardan trigo y otras semillas". (Espinosa y Tello, 1885).

"El lector habrá observado que para todo usamos estas útiles pieles que formaban por otra parte el renglón más rico de nuestro comercio. Los botes de los ríos y las balsas, los aperos de montar, las sillas, los catres, las botas de los peones, muchos techos y las puertas de las casas de campo, en todo esto entran los cueros". (Larrañaga, 1968).

"Infierno de las vacas y Purgatorio de caballos"

"Hoy abundan tanto los caballos que hasta el más pobre jornalero campestre tiene algunos, y todo se hace a caballo. (...) En todas partes los tratan más mal de lo que se puede imaginar. Si son del Rey ya se sabe que los hacen correr y trabajar cuarenta y ocho horas a lo menos sin comer ni beber, ni darle cubierto, y así por turno. Y cada campestre ata infaliblemente uno a un poste al ponerse el sol: al día siguiente, haya o no que hacer, lo monta y corre sin parar gran parte del día o todo él; y si algún rato no corre, le vuelve a atar al poste hasta ponerse el sol, que toma otro sin haberle dado de comer ni beber: de modo que se puede tener por seguro que ningún caballo vive aquí la mitad de lo que ha arreglado la naturaleza. Lo dicho es la fatiga ordinaria, a que agregan a veces otros servicios más duros; siendo cosa muy lastimosa que un tan bello animal, tan generoso, leal, útil y noble haya caído en tan ingratas y desastradas manos. Dicen aquí con razón, que el país es el Infierno de las Vacas, el Purgatorio de los Caballos y el Paraíso de Asnos y las Yeguas, aludiendo a la increíble matanza y desperdicio que se hace con el ganado vacuno: a lo que se hace padecer a los caballos; y a que los asnos y yeguas viven libres sin que nadie se meta con ellos". (Azara, 1802).



Ranchos, pulgas, suciedad, ignorancia

"Su vivienda, como la de todos los gauchos, era una choza de tierra, atravesada de cañas, cubierta de paja cortante, construida, en pocas palabras, con toda la sencillez... Nunca se encuentra una chimenea: el hogar se coloca en el centro y el humo sale por donde puede. Las suciedades de los animales domésticos y las exhalaciones de las carnes enganchadas o de los cueros extendidos despiden un olor insoportable, y miríadas de insectos zumban sin cesar, en tanto que bandadas (...) de buitres se disputan los despojos de los rumiantes o los solípedos, cuyas osamentas se encuentran hacinadas como en las catacumbas o esparcidas de un lado y otro en la superficie del suelo, como en un campo de batalla". (Isabelle, 1835).

"Pero no pude conciliar el sueño porque, apenas acostado, sufrí el ataque de legiones de pulgas. (...) Después pude convencerme por experiencia de que en contra de lo que debía suponerse las cocinas o cobertizos donde se hace fuego son menos frecuentados por las pulgas que los ranchos donde no se hace ninguno..." (Beaumont, 1957).

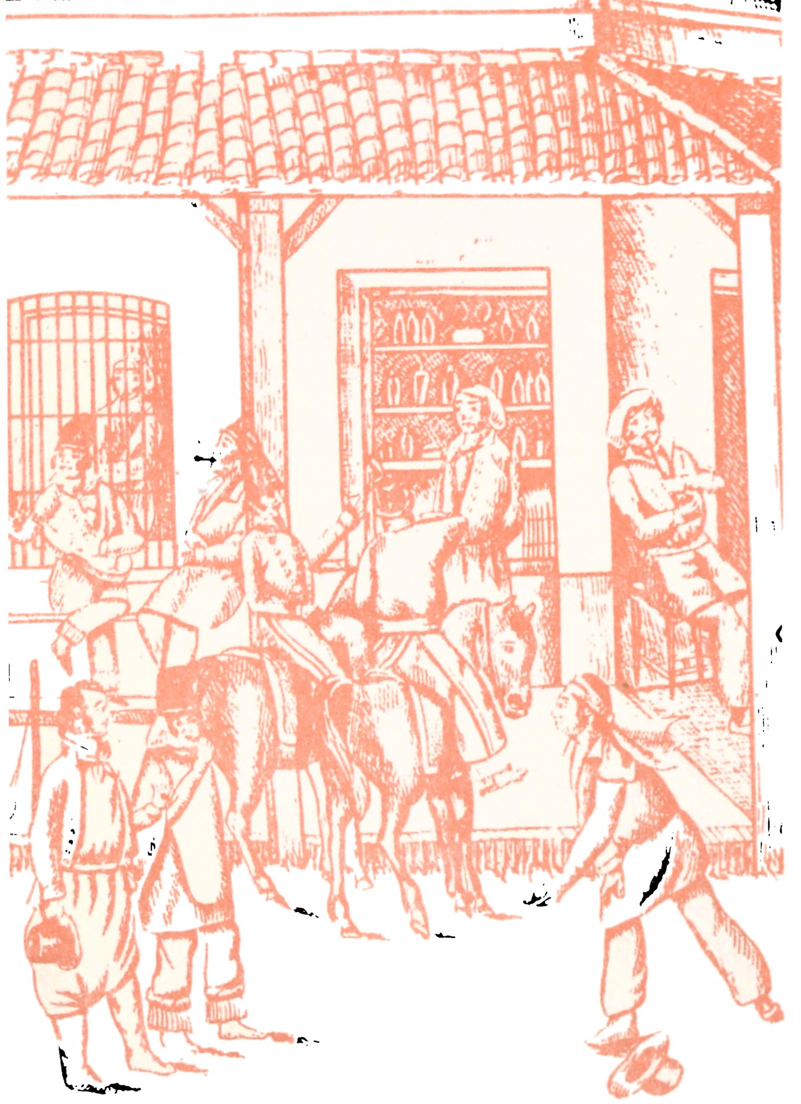
Esta (choza) tiene dos entradas, de las cuales una sola puede cerrarse por medio de un cuero. Una cabeza de vaca y unos pedazos de madera, mal tallados, sirven de asientos. La cama no es otra cosa que un cuadrado mal cerrado con cuero crudo. (...) Se levantó una tormenta y casi en seguida llovió torrencialmente. Un viento impetuoso azotaba la choza que pronto se llenó de agua mojándose todo lo que no estaba en las valijas". (Saint-Hilaire, 1820).

"Y si su sorpresa fue grande, no lo fue menos la mía al encontrar tanto desconocimiento entre personas que poseen las cabezas de ganado por millares y estancias que tienen una gran extensión. Esta ignorancia no puede explicarse más que por lo raro de la visita de los extraños a este país tan apartado. (...) Verdaderamente hablo como si me hubiera encontrado en plena Africa central; y ciertamente la Banda Oriental no se encontrará halagada por la comparación, pero tales eran mis impresiones en aquella época (1832)" (Darwin, 1951).

El gran tránsito: del desprecio a la exaltación

El gaucho, aquel marginal, ora matrero, ora contrabandista, fue uno de los brazos ejecutores de la gesta de la independencia. A partir de entonces el vocablo ata en un mismo haz a los desocupados rurales y a los paisanos sedentarizados en las estancias: el gaucho es el hombre de a caballo, dispuesto a jugarlo todo en la gran taba de los combates a lanza, sable, lazo y boleadora contra las fuerzas imperialistas europeas.

Durante el período de las guerras civiles el gaucho forma la mesnada fiel de los caudillos. Hermano contra hermano, bajo la llamarada roja de una divisa o bajo la tela color cielo de otra, gastan en las cuchillas el único capital con que cuentan: el de sus cuerpos impulsados por los caballos como catapultas de ciego, generoso, inútil heroísmo.



La pulpería, el heteróclito centro de la sociabilidad gaucha, centellea de variedad, humor y regocijo en el veloz lápiz de Hipólito Bacle.

Hacia el año 1875 se tecnifica la explotación ganadera. Aparecen los alambrados. La familia del peón es corrida de la estancia hacia el rancherío. Latorre y la Asociación Rural, a título de perseguir la vagancia, estimulan una despiadada represión contra los últimos "hombres sueltos" de la campaña. La ruta indiferenciada de los campos abiertos se cierra para los jinetes sin pago y sin rumbo. Las vacas de todos se convierten en la hacienda de unos pocos. Escasean los caballos y las tropillas de un pelo de otros tiempos son sustituidas por un solo flete, a quien el proletario rural cuidará entonces, como a su propia persona. Sólo en el tiempo de las últimas guerras civiles de 1886, 1897 y 1904 los destituidos gauchos vuelven a encontrar la senda de las vacas gordas tras los alambrados caídos y el vivac nocturno de los ejércitos. Después todo termina. El peón de las estancias, maneado por un salario irrisorio, es una caricatura de los antiguos centauros. Sólo queda el recuerdo de la gran plenitud rural y, utilizando ese nostálgico rescoldo, el patriciado urbano exalta al gaucho para esconder el resabio de las malas conciencias. Florecen entonces, ya al final del siglo XIX, las asociaciones gauchescas que, desde la ciudad, evocan la vida hípica y su nomádico esplendor. La literatura gauchesca, a partir de Hernández, ya se había ocupado del crepúsculo y penalidades del gaucho proscripto y los epígonos insistirán en las anécdotas de una perdida y riesgosa Arcadia o en una temática que nada tiene que ver con el espíritu y concepción del mundo de los verdaderos gauchos. El definitivo trabucamiento de una historia altiva, ecuestre, señorial en su pobreza y denodada en su orfandad, halla su colofón en el monumento que los montevideanos dedicaron al gaucho, donde en una de las leyendas y bajorrelieves se le celebra como labrador, nada menos que a él, eterno obstinado en no "doblar el lomo" tras la reja del arado gringo.

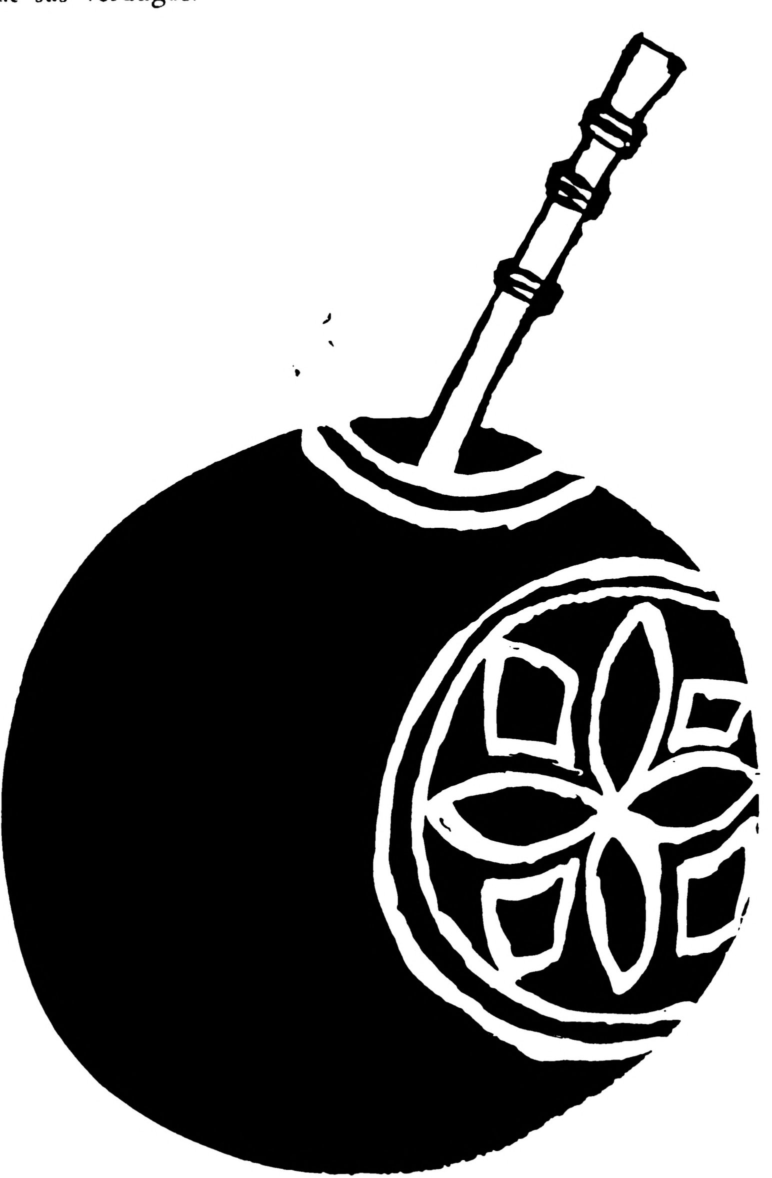
El gaucho, perseguido ayer, bueno en su momento para echar a los godos, retorna a su antigua condición de paria al afianzarse el dominio de los *dotores* urbanos y los propietarios de los campos inmensos. Sin embargo, a partir de la efectiva desaparición del gaucho en el último tercio del siglo pasado los hombres de las ciudades empiezan a cantarle un hipócrita ditirambo y lo promueven a la categoría de forjador de la nacionalidad. Un estudioso argentino propone que "debería investigarse si los que a fines del siglo XIX y principios del XX hicieron del gaucho una figura irreal —según la doctrina que sostiene Emilio Coni— no son los mismos que en otro plano fomentaban la permanencia de los modos pastoriles de producción que permiten no resolver de inmediato el problema de las grandes estancias en manos de una oligarquía. En otras palabras: si no son los mismos que coadyuvaron en política para que la tierra no se subdividiera, mientras que por otro lado exaltaban la figura de ese hombre que odiaba la pampa alambrada, arada". *(Gori, 1952).*

Así es. El chiripá del gaucho se ha convertido en el taparrabos de una ideología. Los que ayer lo liquidaron por cuatrero y vago hoy rehabilitan su memoria para proclamar la paradisíaca plenitud de los campos sin confines, vírgenes de la reja gringa, cubiertos por la gramilla de Dios. Otro buen conocedor de la cultura y la sociedad gauchas, al confirmar esta pirueta despistadora de las oligarquías criollas también comprueban que el chivo expia-



torio del pasado se convierte hoy en el portaestandarte de una interesada ***tradición nacional:*** "Aquel hombre de a caballo que odiaba la agricultura y se burlaba del gringo, podía servir, idealizado, como excelente cobertura de la ideología de las clases dominantes, ansiosas de preservar sus privilegios económicos y su hegemonía cultural y política. El nostálgico *retorno al gaucho* que ciertas corrientes nacionalistas nos proponen no es simplemente un inocente llamado a recordar el *idilio rural* del pasado, sino una forma sutil de expresar su obstinada oposición a todo desarrollo progresista —es decir, antilatifundista— y a toda idea avanzada, tildada de antinacional y extranjerizante". (SCHNEIDER, 1962).

En algún momento hablé de gauchofilia, gauchofobia, gauchosofía, gauchomanía y gauchología. Hoy lo que me importa de veras es desbrozar el camino obstaculizado por los corrales de ramas que construyen los mitógrafos y mitólogos criollos al servicio, deliberado o inconsciente, de los que hacinan a los nietos del gaucho en inmundos rancheríos mientras ponderan las virtudes de aquel antepasado jinete que pedía tierra y cielo, espacio y más espacio, como Leuconoe, para sustentar así el monumento latifundista de sus verdugos.



FUENTES CITADAS

ARAGO, Santiago; 1874. — *Viaje alrededor del mundo;* París.

AZARA, Félix de; 1802. — *Apuntamientos para la Historia Natural de los Quadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata;* Madrid. - 1847. *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata;* Madrid. 1943. *Memoria sobre el Estado Rural del Río de la Plata y Otros Informes;* Buenos Aires.

BENVENUTO, Luis C.; 1968. — *La evolución económica.* Enciclopedia Uruguaya, III. Montevideo.

BEAUMONT, J. A. B.; 1957. — *Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental* (1826-1827); Buenos Aires.

CAILLET-BOIS, Ricardo; 1926-1927. — *Dictamen imparcial sobre los gauchos.* Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. Vol V, Buenos Aires.

BOUGAINVILLE, L. A.; 1771. — *Voyage autour du monde par la fregate de Roi "La Boudeuse" et de la flûte "L'Etoile".* —1767, 1768, y 1769— París (hay traducciones al español de 1921, Madrid, 1943, Buenos Aires y 1957, Madrid).

BRITO STIFANO, Rogelio; 1953. — *Dos noticias sobre el estado de los campos de la Banda Oriental al finalizar el siglo XVIII* (Revista Histórica, Tomo XVIII, Nos. 52-54; Montevideo.

CONCOLORCORVO; 1773. — *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima,* etc.; Guijón (Hay dos ediciones argentinas impresas en Buenos Aires, 1908 y 1942 y otra uruguaya, Montevideo, 1963).

D'ORBIGNY, Alcide; 1844. — *Voyage dans l'Amérique Méridionale;* Paris. Hay traducciones al español en Buenos Aires (1945, 4 tomos) y Madrid (1958, Biblioteca Indiana —Aguilar— tomo III, págs. 16-920).

ESPINOSA Y TELLO, José; 1885. — *Estudio sobre las costumbres y descripciones interesantes de la América del Sud,* en Viaje político científico alrededor del mundo por las corbetas "Descubierta" y "Atrevida", al mando de los capitanes de navío don Alejandro Malaspinas y don José Bustamante y Guerra, Madrid.

GORI, Gastón; 1952. — *La pampa sin gaucho;* Buenos Aires.

ISABELLE, Arsène; 1835. — *Voyage á Buenos Aires et á Porto-Alégre par la Banda Oriental, Les Missions D'Uruguay et la Province de Rio Grande Do Sul* (de 1830 á 1834); Havre.

LARRAÑAGA, Dámaso A.; 1968. — *Viaje de Montevideo a Paysandú;* Arca; Montevideo.

MILLAU, Francisco; 1947. — *Descripción de la Provincia del Río de la Plata y de sus poblaciones,* etc.; Buenos Aires. (El manuscrito original de la Biblioteca del Palacio, Madrid, está fechado en 1772).

SAINT-HILAIRE, Auguste; 1887. — *Voyage dans la province du Rio Grande do Sul;* Orleans (hay una traducción del fragmento relacionado con el Uruguay en "Anales Históricos de Montevideo", Tomo IV, 1961-1962).

SCHNEIDER, Samuel; 1962. — *Proyección histórica del gaucho;* Buenos Aires.

SKOGMAN, C.; 1942. — *Viaje de la fragata sueca "Eugenia"* (1851 - 1853); Buenos Aires.

BIBLIOGRAFIA

ARES PONS, Roberto. — *Uruguay en el siglo XIX;* Ediciones del Río de la Plata; Montevideo, 1964.

ASSUNCAO, Fernando O. — *El Gaucho;* Imprenta Nacional, Montevideo 1963.

BOUTON, Roberto J. — *La vida rural en el Uruguay;* Monteverde, Montevideo, 1961.

BARRAN, José P. - NAHUM, Benjamín. — *Bases económicas de la revolución artiguista;* 2ª Ed.; Banda Oriental, Montevideo, 1964. - *Historia rural del Uruguay moderno* (2 t.) Banda Oriental, Montevideo, 1967.

BARRIOS PINTOS, Aníbal. — *De las vaquerías al alambrado;* Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo, 1967.

CAMPAL, Esteban. — *Hombres, tierras y ganados;* 2ª Ed.; Arca, Montevideo, 1967.

CONI, Emilio A. — *El Gaucho.* Sudamericana, Buenos Aires, 1945. - *Historia de las Vaquerías del Río de la Plata;* Sudamericana; Buenos Aires, 1956.

CUADERNOS DE MARCHA Nº 6. — *El gaucho y la poesía gauchesca;* Montevideo, 1967.

NICHOLS, Madaline, W. — *El gaucho;* Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1953.

PIVEL DEVOTO, Juan. — *Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811;* Monteverde, Montevideo, 1952.

SALA - RODRIGUEZ - DE LA TORRE. — *Evolución económica de la Banda Oriental;* E. P. U., Montevideo, 1967. - *Estructura económico-social de la Colonia;* E. P. U., Montevideo, 1967.

VIDART, Daniel. — *Caballos y jinetes;* Arca, Montevideo, 1967.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

1 enciclopedia
+ 1 cuaderno

EJEMPLAR DE COLECCION

ENCICLOPEDIA



URUGUAYA

Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S.A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel). Julio 1968.